

EN TRANSÍTO

Mar de los RÍOS

"Después de conocer África he comprendido mejor aún
nuestra calidad de eslabones en una cadena infinita.
Nosotros estamos exactamente entre el animal y el hombre...
Una posición verdaderamente incómoda..."

**Extracto de una carta desde la Sabana
por Félix Rodríguez de la Fuente en 1966.**

Y veo. No me pesan las piernas, no me duele el pecho, no me ahogo. Ya no. Inspecciono con perfecta nitidez el crucifijo con nuestro Señor padeciendo que hay sobre mi chimenea, y el otro enfrentado un poco más pequeño, que sé custodian mi salita, y a los que les pedía fuerzas cada día, buscando su presencia con las manos. Interrogo a mis butacas de madera y al sillón orejero en el que se sienta Paco todas las noches a renegar de todos y por todo. Saludo con lágrimas de regocijo a mi mesa camilla junto a la ventana, esa por la que se cuele el ladrido desesperado de mi perrillo.

Recuerdo.

Vienen mis niños de la escuela, pidiéndome desinhibidos la merienda, soltando sus carteras como si quemaran, atropellándose en sus discursos vociferantes sobre su día infantil. Y yo soy fuerte, mis piernas me obedecen y corren hacia ellos, y los beso mientras los hago callar y les pregunto a cada uno sobre su universo de colores; me lo describen con esa poesía que destila la inocencia, mientras devoran sus bocadillos. Acaricio el pelo de Andresito cuando le increpo con dulzura a que se lave otra vez las manos, al observar entre el vuelo de sus dedos que no ha desaparecido el barro, según me describe el suceso del día: un nido de pajarillos debajo de un árbol. Y Ana llora cuando le vuelvo a recomponer las trenzas delante del espejo y confiesa que no es que le haga daño, es sólo que los pollitos no tenían mamá y no supieron dar con ella por más que la buscaron. Entonces Andresito decidió subir el nido a la copa del árbol; dijo que allí por lo menos no se los comerían los gatos. Mami, ¿tú crees que volverán su padres a buscarlos? Y soy feliz. Y los veo a todos. Vuelan los pajarillos. Pasan en bandada frente a mí.

Camino hacia mi dormitorio y sorteo a Paco. Ya no reniega, ya no ladra como el pobre Sultán. Veo mi cama revuelta con sábanas ensangrentadas como si de una película ajena a mi vida se tratase, como si esto no fuese conmigo. Porque ya no va. Vuelvo al pasillo y salto con ligereza adolescente otra vez el cuerpo de Paco. Pienso que voy a mirarlo a la cara por última vez. Me giro y compruebo que tiene el rostro entumecido y lleno de sangre. Siempre pensé que algún día se la iban a partir, lo que nunca pude imaginar es que sería de esta manera tan irremediable.

Vuelvo al salón y reparo en que una de mis butacas de madera esta ocupada por mi sufrimiento. Eso debo de ser yo. Una mujer envejecida hasta decir basta, abatida por la enfermedad con mayúsculas y por una quietud que sólo rompen ladridos afónicos. Voy a asomarme a la ventana que da al patio, mientras rodeo mi cuerpo y constato con curiosidad cómo es posible que no haya sufrido nada, con la cantidad de

sangre que cubre mis carnes. Las heridas, contundentes, parecen partir mi cráneo en dos. Me asomo a la ventana y allí está mi perrillo escarbando la tierra con desesperación, arañando la puerta de la cocina que da al patio. Sabe que lo veo y él me ve a mí. Llora.

Recuerdo.

¡Esta mujer me va enterrar! ¡Ya ni siquiera oye! ¡Que voy a por garbanzos a la tienda de Frasquita, el jabón Lagarto que te lo traiga quien yo me sé! Lo que te voy a traer un día de estos es veneno *pa engarpar* las parras...

Yo diría que no sabe que lo único bueno que me queda es el oído. Los que perdemos la vista ampliamos las orejas hasta todo lo que dan. Pero desde su soberbia, ni se lo plantea. Me habla a gritos todo el tiempo. Sólo soy su bola de preso en este mundo, ya se encarga de recordármelo a cada momento. Se pierden sus pasos por el pasillo entre su perpetuo desdén, que ya poco me afecta. Sus palabras son como moscardones verdes que zumban a mi alrededor. ¡Qué buena es la soledad y cuánto me acompaña la musiquilla del anuncio del Cola-Cao! Los niños volaron hace tanto... como aquellos pajarillos... Creo quedarme dormida entre anuncio y película basada en hechos reales de americanos sin rejas en las ventanas y cristales por doquier en las puertas de entrada, como apostilla siempre mi vecina Pura cuando, casi todas las tardes, después de ver salir a Paco hacia el cortijo, viene a hacerme compañía con su ganchillo y sus soliloquios. Sin embargo, dentro de esas casas tan frágiles siempre hay pistolas, me comentaba hoy.

La mayoría de los días, después de recoger la cocina y de saborear que *las moscas verdes* no andan molestándome, suelo bucear en mis recuerdos, en mis sueños, en mis oraciones... esté o no mi fiel Pura. Ella sólo necesita que alguien aparente escuchar su retahíla de cotilleos, y yo, con asentir de vez en cuando fingiendo que me interesa, he cumplido.

Vivir de los recuerdos de mi infancia, de los olores a las risas de mis niños cuando eran pequeños y que impregnaron esta casa mientras yo era joven, fuerte e ingenua... vivir de monólogos interiores y de rezos... de escuetas visitas que me tratan como lo que soy, una casi ciega medio paralítica, no son razones para estar, son asideros para seguir con resignación cristiana los designios del Altísimo.

Y de un año a aquí casi ni hablo. No tengo ganas ¿Para qué? Él lo dice todo y todo lo llena de hiél, y Pura, mi bienintencionada vecina, se esfuerza por ayudarme a tirar de mi pesado carro, uniendo cada tarde con su aguja de ganchillo el fino hilo que me conecta a este valle de lágrimas. Me relata las novedades del pueblo: quien se ha puesto novia, quien se fue a la mili... un municipio que ya no conozco, que está a mil kilómetros de mí. Apenas suelo meter una o dos palabras de canto; dejo que piense que quizá Paco tenga razón cuando dice que también me estoy quedando sorda. No, no es eso, estoy hastiada. Y es este hastío casi lo único verdaderamente mío. Por eso no pienso compartirlo con nadie.

Esta tarde mi compañera de sobremesa se ha marchado antes, diciendo que me veía cansada, que si acaso volvería después, así aprovechaba para ir al practicante a ponerse lo suyo. Dicen que es un muchacho *mu salao* que está sustituyendo a don Mariano este mes.

Creo que tiene razón, esta tarde me pesaban los párpados especialmente. He dado varias cabezadas sin poder contenerme.

Y me ha parecido escuchar el pestillo de la puerta de abajo, el que se acciona desde la calle sin necesidad de que yo disponga si quiero o no abrir la puerta. Quien decida subir a verme, puede. Nadie pregunta si estoy o no por la labor. Así son los pueblos, así es mi vida. Recojo la casa, me lavo como Dios me da a entender, hago la comida casi a tuestas, limpio la cocina y me siento en esta butaca entre crímenes de gente que no cierra bien las puertas y anuncios para que compre no sé cuantas *modernuras*.

Pues no sería el pestillo, recuerdo que he pensado casi como última idea, porque nadie ha subido las escaleras, ni ha dicho: Emiiiilia, mientras recorría el pasillo hasta la salita. Sigo dormitando con el que me parece es el primer anuncio de navidad: vuelve a casa vuelve... turrónes el Almendro...

De pronto he sentido en la cabeza dos, tres y hasta cuatro golpes muy fuertes y casi de inmediato, un dulce calor me ha cubierto todo el cuerpo. ¿Ha sido una pesadilla, me han sentado mal las migas con pimientos?

Y salgo de mí y veo. Puedo verlo todo y ya nadie me ve.

Estaba tranquilo, con ese rictus de perro de caza que hace años no perfilaba mi cerebro, gracias al glaucoma, haciéndome con ello el único favor posible.

Limpiaba una de las múltiples *espiochas* que tiene en la vega y con las que mimaba a sus flores todas las tardes, las únicas que merecen su atención en este mundo donde nadie le comprende.

A continuación ha ido al dormitorio y, cogiendo las sábanas de la cama grande, se ha puesto a esparcir, más que a recoger, mi sangre. No tenía intención de ocultar todo lo que allí acababa de pasar, yo diría que, si acaso, intentaba confundir. Revolvió los cajones y retuvo en un puño mis cuatro joyitas de mujer piadosa y austera. Caminaba desde el pasillo hacia el aseo. Yo le seguía como testigo transparente, preguntándome, con curiosidad más que con pavor, hasta dónde llegaría su premeditación.

Y antes de encender la luz del baño, han salido de la negrura dos manos con una intención concreta. Preciso cálculo. Le ha quedado insertada en la cara una aguja con jeringa incluida. Paco ha caído de espaldas en el pasillo, los ojos de asombro parecen querer salirse de las cuencas... Detrás de las manos, seguía un cuerpo robusto que, sin despegar los labios, le ha robado *la espiocha*, la que acababa de limpiar con fruición, y le ha golpeado en el rostro tal que si estuviese troceando un conejo para el arroz. Movimientos secos y certeros. Él se quejaba entre sollozos... juraría que le pesaba más su humillación que su dolor. Pasó tiempo hasta la quietud total.

-Ya te ha hecho efecto, mal bicho, le ha espetado mi vecina Pura a Paco cuando se agachaba a quitarle la aguja hincada hasta el fondo en el centro del carrillo izquierdo y, dando un golpe de gracia, ha dado por concluida la faena. La jeringa se ha hecho añicos después de cumplir su misión.

Le hablaba mientras recogía los vidrios con unos guantes de goma que suelo tener debajo del lavabo: -Ya decían en una de esas películas de este verano, que la insulina es lo mejor para matar a alguien sin dejar huella, sólo hay que destrozar un poco la vía de entrada y no dejar marcas. Qué sorpresa, ¿eh, Paquito?, que mates a la Santa de tu Emilia y sea esta pobre diabética la que, mira qué casualidad, tenga la oportunidad de hacer justicia. Ya sabía yo que esto tenía que pasar algún día. Lo que no teníamos los dos ni idea es que ese día en que te decidieras a caer de cabeza al infierno, iba a estar la cotilla de la Pura en el aseo, a punto de marcharse al practicante, para cuando volviesses de la vega antes de lo que acostumbras.

No has podido disfrutar de tu libertad ni cinco minutos. Lástima, hombre, lástima. Es la ventaja de los menospreciados, que como no se nos echan cuentas, jugamos con ventaja. Y yo, teniendo en mis manos las herramientas para vengar tu maldad, no lo he dudado cuando te me echabas encima en el aseo. Porque, además, tuve claro que era eso o correr la misma suerte que tu Emilia. Y es en mi bendita bolsilla del ganchillo en la me llevo la *espiocha* que creías iba a ser la llave de una vejez de lujo.

Recogió concienzudamente lo que quedaba de la jeringa, dio una vuelta por el salón, ahogando su llanto con las manos todavía enguantadas y salió precipitadamente por el pasillo. A última hora se ha vuelto para llevase mis joyas de recuerdo, esas que quedaron esparcidas por el suelo. Ha dicho en voz baja, como si esperara que alguien refrendase su decisión:

-Sé que te hubiese gustado que yo guardase tu medalla de la Virgen del Carmen.

La vi por última vez andando marcha atrás cruzando el patio. A mitad del trayecto tranquilizó a Sultán con voz melosa y sacando un azucarillo de su bata de flores, mi perrillo ha cazado al vuelo su premio por callar, moviendo la cola feliz. Desplegó su manojito de llaves entre las que están todas las mías.

Luego dicen que de la tele no se aprende. ¡Demonio de Pura! Le sonreí desde mi ventana. Supongo que se habrá lavado a conciencia y se estará acostando para descansar.

Mañana le toca un día duro: primero aparentar no saber nada de nada, que ella se fue dejándome dormir la siesta a eso de las cuatro para hacer sus quehaceres y después de llorar y llorar, sintiendo de verdad mi pérdida y la manera de despedirnos, se fundirá todo en un silencio sepulcral dentro de sus lustrosas carnes de mujer honrada. Culminará su tributo preparando el velatorio. Nuestro velatorio. Empezará un tapete nuevo.

Gracias, Pura. Lo harás muy bien.

Y ahora, cuando me dispongo a seguir una luz que se abre detrás de mi crucifijo en la pared de la chimenea, miro por última vez la puerta que da al pasillo:

Eres tú, joven, vestido como el día que nos casamos; me miro las manos y llevo un ramo de azahar y mi vestido corto de medio luto; toco mi cabeza y el velillo también está engarzado en mi pelo con esa peineta de concha que me prestó tu madre... como entonces. Me miras con lágrimas: Perdóname, Emilia, es lo último que oigo antes de soltar el ramo, cerrar los ojos y ser absorbida por la paz.